

principal característica de "El libro de los seres imaginarios" (1), de Jorge Luis Borges y Margarita Guerrero, colaboradora también del inolvidable "Martín Fierro" (1953) y del "Manual de zoología fantástica" (1957), tan cercano al que ahora comentamos. Este ensayo, si así se le puede llamar, es de lectura indispensable para comprender muchas claves de las ficciones borgeanas, y también las de cualquier autor perdido en un mundo de seres imaginarios.

Como el "Manual" antes citado, tiene el carácter de los bestiarios medievales. En él encontramos toda clase de seres y leyendas que la fantasía del hombre ha ido creando desde la antigüedad más remota. Extraños entes que, sobrepasando los límites de cualquier lógica racional, o del más espectacular tratado de zoología común, han perturbado el orden convencional de la realidad o de lo que se nos han hecho creer que es la realidad. Leyendas que aparecen y desaparecen, que se olvidan y son reinventadas de nuevo, dando lugar a múltiples versiones a lo largo de la historia en todas las geografías y épocas.

A veces se trata de versiones incorrectas y asustadas, de magnificaciones de diversos animales: como el Fastitocalón y el Zanatón, ballena y tortuga peligrosas para los marinos que desembarcan en ellas confundiendo con islas, o de extrañísimos híbridos como el Minotauro, mitad toro y mitad hombre, o el Borametz y la Mandrágora, en quienes se combinan el reino vegetal y el animal. Otros son fruto de imaginaciones portentosas, como la de Kafka o la de Poe. Y

también están los que tranquilizan con su presencia llena de augurios: el Shang Yang, pájaro del que se sirven los agricultores chinos para obtener lluvia —bebe el agua de los ríos y la deja caer luego en la tierra—, o el Lung —el dragón de Occidente, aquí invariable símbolo del mal y del terror—, que en la tradición oriental tiene toda clase de atribuciones divinas. Y así todo un desfile de fantasías que Borges, con su habitual ironía, nos pre-



Borges.

senta perfectamente documentados en fuentes en las que abundan toda clase de extraños títulos, propios de su pasión libresco.

Digamos por último que, en un breve y excelente prólogo, justifica Borges una vez más su idea de concebir el mundo como algo irreal, donde incluso la misma existencia de cada uno de nosotros sería algo bastante dudoso. Aunque en "El libro..." se ha limitado a lo que sugiere inmediatamente la locución "seres ima-

Signos de admiración:

Rafael Dieste y la Escuela Popular de Sabiduría (II)

Manuel Andújar (*)

La atonta y el llamado desencanto que tipifican las actividades —y pasividades— culturales españolas, durante esta etapa histórica, aún posfranquista, todavía epidérmicamente democrática, son al mismo tiempo causas y efectos de una discontinuidad de finalidades, de una confusión instrumental y de un grave deterioro de credibilidad. En cuanto a lo frívolo, implícito está...

Evidente, acusador el hecho de que un intelectual con las cualidades y saberes de Rafael Dieste, verbigracia..., que se dedica, sin aspavientos ni trompeterío, en su rincón coruñés, a trabajos poéticos, filosóficos, fabuladores, a redondear un hondo pensamiento literario y a una creación apuntada en rigurosas indagaciones críticas, sea, pese a esfuerzos aislados, entre ellos el de estas columnas, poco menos que un desconocido en el ámbito nacional, al cabo de tantos años de labor cribada y perseverante, desde la revista "Hora de España" a su siembra profesoral y editorial por tierras de América y al incansante quehacer y acompañar que enaltece su reintegración a Galicia y denuncia la escandalosa irregularidad de que no se le hayan proporcionado el lugar, la oportunidad y los medios para llevar a cabo su fecundo magisterio.

Nunca —penosa esperanza— es demasiado tarde. Ni creo tan difícil se habiliten, en las afueras del Estado y sin particulares patronazgos reductores, los recursos que hagan viable un programa en que la capacidad de hallar actualizados y ágiles procedimientos expositivos y de general diálogo, y revisiones conceptuales, hallarían el deseado cauce. La inscripción y participación en la moderna Escuela Popular de Sabiduría (¡este sí que sería un constante homenaje a Antonio Machado y a su filial Juan de Mairena!) descartaría zarandajas de títulos y otros convencionalismos y especulaciones. En sus modestas y casi mondsticas aulas —las sueño así—, todos los animados de actitud humanista, en nuestra dimensión temporal, sin discriminación de ninguna especie. En cierta proporción, a fijar, las clases serían públicas, abarcando, en lato sentido, a los alternativos profesores y alumnos.

La enseñanza en la Escuela Popular de Sabiduría habría de revestir, tal mi juicio intuitivo y que se limita a simple propuesta, un carácter económico en datos y generoso en planteamientos formativos, bien salpimentado de cordiales ironías y correctivas paradojas, de manera que cualquier deducción, antonomásticamente provisional, no encubriese alijo de doctrina y dogma. Y combinara la objetiva inducción informativa con el aliento de una también comedida desenvoltura.

El curso inaugural de la Escuela Popular de Sabiduría, regida en sus comienzos por Rafael Dieste y al que relevarían en el sugestivo empeño eminentes compatriotas de similar categoría legítima, podría ser cuatrimestral y nocturno. Las sesiones de seminario y las pláticas de aula se grabarían, constituyendo los materiales de una obra cuya edición y presuntos ingresos se destinarían, lo mismo que otras posibles y nítidas contribuciones, al funcionamiento de la anticatólica y dinámica asociación.

Hasta la saciedad sé de antemano que la constitución y pedagógica presencia de la Escuela Popular de Sabiduría, con sus preceptivos ingredientes utópicos, en el supuesto de que alcanzara los comunales objetivos apuntados, no habrían de resolver, ni siquiera parceladamente, los problemas letárgicos de nuestra cultura. Ni exime de sus responsabilidades en este terreno a la Administración —vocablo que no suele casar con la más leve versión de lo intelectual—. Ni descarta la ineludible obligación, con alteza de miras y desprendimiento de sectarismos, de los partidos políticos y centrales sindicales, ni desgrava de sus compromisos a los medios de comunicación, que tan precaria y apáticamente los palustran, ni descarga de su prestación social a las entidades privadas.

Para unos y otros, en un singular cometido y distintiva naturaleza, la moderna Escuela de Sabiduría será, demosla por verificada..., acicate y ejemplo, espejo de serena o turbia, emponzoñada conciencia. ■

(*) La primera parte de este trabajo, publicada en el número anterior de TRIUNFO, salió, por un involuntario descuido, sin la firma de su autor, Manuel Andújar.

(1) Jorge Luis Borges. "El libro de los seres imaginarios". Bruzguera Alfaguara.

